

UNA CONTRATADA EN APUROS

UNA CONTRATADA EN APUROS.

El autobús al que Elvira subía cada mañana llegaba siempre con retraso a la parada más cercana, casi un kilómetro, de la sucursal donde ella trabajaba. Como vivía en el otro extremo de la ciudad y como no disponía de otro medio de transporte, no tenía más remedio que viajar en aquel autobús ruinoso y maloliente, de donde se apeaba pasadas las ocho. Podía llegar mucho más temprano cogiendo el de las seis, el primero que salía, pero se trataba de una opción de lo más incómoda, ya que entonces tenía que esperar más de media hora en la calle antes de que algún empleado abriese la puerta de la oficina, lo que a menudo le había ocasionado un buen catarro debido al gélido amanecer de cada día en aquel invierno inolvidable. Mientras el autobús discurría por avenidas y barrios desiguales, Elvira, rodeada de otros somnolientos viajeros, iba maldiciendo entre dientes al servicio municipal de autobuses por su desorganización y su escasa puntualidad. No obstante, para consolarse, seguía soñando con la respuesta de una empresa de comercio exterior a la que había solicitado un empleo muy prometedor, acorde con lo que ella se había estado machacando durante tantos años de estudio. “Como me iban a cambiar las cosas” –se decía. En caso afirmativo, si la contratación iba adelante, le contestarían por MRW, la empresa de mensajería; mientras no la avisaran tenía que seguir cumpliendo con aquella odiosa entidad bancaria.

Como cada día, justo al bajarse en la parada empezaba el verdadero calvario de Elvira: a toda prisa tenía que recorrer con sus zapatos de tacón y su traje entallado aquel fatídico kilómetro, entre el laberinto de calles de la ciudad a media luz y varios semáforos que la retenían inevitablemente en las frías avenidas. Exhausta y sudorosa tras la urgencia de la carrera, con suerte conseguía llegar a las ocho y siete minutos a la sucursal, y justo antes de entrar, otra aborrecible circunstancia se le presentaba en la misma puerta acristalada: la visión detestable de Raúl el conserje que, sentado rígidamente en el vestíbulo se quedaba contemplándola con su ojos camaleónicos y su sonrisa estúpida, demorándose con malicia antes de pulsar el interruptor para abrir a “la contratada”. Ese minuto interminable allí parada colmaba la ansiedad de Elvira, porque poco después había de pasar frente al conserje para ir a su mesa, con la crispación reprimida de querer abofetearlo con todas sus ganas, sobre todo cuando sentía en el cogote la oblicuidad de su mirada y un saludo jocoso que retumbaba en aquella oficina tan aséptica.

-¡Buenos días, Elvira! –gritaba Raúl, atestiguando así ante todos que la contratada había llegado, al mismo tiempo que hacía un ademán exagerado para mirar su descomunal reloj de oro.
-Buenos días a todos –balbuceaba ella.

Muchas veces se había parado a pensar en el efecto psicológico tan hostil que aquel “sapo de mierda”, como ella lo increpaba en su interior, le infligía cada mañana. Porque a Elvira le importaba mucho la puntualidad, y el hecho de que

se supiera que llegaba un poco tarde podía ser un factor adverso en el informe de sus jefes.

También le preocupaba su aspecto físico, para lo cual no dudaba en acicalarse a diario para mostrar una imagen agradable ante sus compañeros y ante la clientela. Le gustaba vestir con corrección, pero su sonrisa risueña y su atractiva figura de treinta y cinco años no pasaban inadvertidas para algunos hombres. Pero lo que más le interesaba, tanto a ella como a la entidad, era su rendimiento, su eficacia, sus logros. Aquí se imponían una serie de objetivos que le asignaban sus superiores, que consistía en la venta de productos financieros, cuantos más mejor, mes a mes. La contratada tenía que conseguirlos de la manera que estimara más oportuna: con cierta intuición comercial, con el conocimiento exhaustivo del producto o... con la mejor de sus sonrisas. De ello dependía el que pudiera seguir trabajando después de cada trimestre, no importaba su currículum. Licenciada en Económicas, diplomada en Filología Inglesa y con varios masters y cursos homologados en su haber, Elvira tenía que dar la talla porque de nada iban a servir sus largos años de estudio, su dura preparación a oposiciones o su bilingüismo gracias a sus tres años en Irlanda. Sabía que se estaba jugando su futuro inmediato a diario, que la entidad bancaria podría fácilmente prescindir de ella, sin mayores escrúpulos, para contratar a otros aspirantes más "baratos", que los jefes no serían comprensivos ni con su edad ni con los buenos servicios que había prestado durante los últimos dos años. Y es que ella necesitaba impacientemente ese puesto de trabajo, anhelaba una estabilidad económica que nunca llegaba, pues su sueño era poder casarse con su novio de toda la vida y formar una familia. "Si por lo menos me hicieran un contrato indefinido, pero no, estos banqueros me tienen que fichar de tres en tres meses, y si luego no cumplo... si te he visto no me acuerdo" - se repetía, cabreada e impotente. Entonces, cuando decaía su ánimo, recurría de nuevo a su segunda opción: la respuesta que esperaba a diario de la empresa de comercio exterior. Le habían asegurado que si se comunicaban con ella era para fijar las condiciones definitivas de trabajo.

-Por suerte o por desgracia el mercado laboral es así de competitivo, y nuestra entidad ha de considerar la opción de ahorrar costes, sobre todo en recursos humanos- le comentó una vez el director con todo engolamiento en su fúnebre despacho.

-Lo entiendo perfectamente don Víctor- contestó ella, sumisa, mientras abominaba para sí de la frialdad de aquél cretino.

-Pero podríamos conocernos mejor, yo podría echarle una mano... y podría hablar muy bien sobre su papel en esta oficina -le insinuó, misterioso, el director.

-No, gracias, creo que me defenderé muy bien sola -acertó a contestar apuradamente la contratada, que había captado el verdadero mensaje de esas frases.

De esta ralea fue la proposición de su jefe nada más conocerlo, proposición secreta como secretas eran las conversaciones sobre dinero que allí se planteaban siempre, en aquel ambiente extremadamente grave de sillones de cuero negro y bodegones mustios. Elvira recordó lo que había oído al azar de otras contratadas acerca del viejo director, don Víctor "el salido": pese a su

pulcro aspecto, con su oscuro traje y su corbata impecablemente planchados, y unas canas bien peinadas que ennoblecían su cabeza, se delataba con sus insinuaciones, aparcando su respetable condición y sus buenas formas en cuanto veía a una mujer atractiva, para proponerles otro tipo de relaciones de la manera más grosera, como cuando le llegó a comentar a una recién contratada que le gustaría conocerla "más a fondo", a lo que la cándida muchacha le respondió que estaría encantada pero que no sabía a qué se refería, explicándole él que para conocerla adecuadamente le iba a resultar imprescindible follársela. Aquello fue motivo de un buen escándalo en el banco. Las habladurías llegaron a los empleados de la más recóndita oficina. Los sindicatos tomaron cartas en el asunto, pero todo se tapó enseguida merced a las gestiones del equipo directivo, que indemnizó apropiadamente a la empleada al mismo tiempo que arrojaba la figura de don Víctor, "...cuyo enorme prestigio hace imposible admitir tan indeseables rumores", decía la versión oficial.

Junto a la mesa de Elvira se hallaba, separada por una escueta mampara, la mesa de Virtudes, una aparente empleada de mediana edad cuya gordura intentaba disimular con unos enormes cinturones que ceñía a unos vestidos bien vistosos, con reminiscencias de otras modas. También procuraba llevar su pelo cuidadosamente esmerado, disponiendo a menudo de largos ratos de la jornada para "ponerse las mechas", o cardarse el pelo al estilo de Melanie Griffith en aquella película de los años ochenta, "Armas de mujer", no dudando lo más mínimo en dejar a la contratada sola para atender a los clientes, pues Raúl el conserje no pintaba nada y sus dos jefes no salían de sus despachos. Elvira comprendió pronto la causa del sobrenombre por el que se conocía a Virtudes en toda la red bancaria: "la artista". Y es que Virtudes, además de su obsesión por cultivar su imagen, se esforzaba por representar la idea de una dinámica empleada de banca, cuando la pura realidad era que cuanto más parecía desempeñar su trabajo menos estaba rindiendo. Tal era su habilidad para ese papel teatral que buena parte de la clientela quedaba convencida de su entusiasmo profesional. Con ese fingimiento, cuando Virtudes alzaba su voz (a veces por teléfono) con su argot bancario en la insulsa oficina, no hacía más que repetir, confirmar, insistir, o marear la perdiz sobre alguna cuestión sin relevancia, dando la impresión de tratarse de algo crucial. Y lo único que conseguía con ello era paralizar o ralentizar las tareas administrativas de diario, o desesperar al resto de los clientes que esperaban en la cola interminable con asuntos de mayor envergadura, a los que siempre había de atender Elvira, que no escapaba a las constantes miradas de envidia que le dirigía su compañera, cuando observaba cómo aquellos quedaban agradecidos por el exquisito trato que la contratada les dispensaba. Para colmo, "la artista" era una experta en el arte de adular.

Eran muy numerosas las operaciones de efectivo y de rutinaria contabilidad (además de los objetivos) que tenía que realizar Elvira en su puesto de "Caja". La abigarrada clientela así lo demandaba y se requerían para ello varios minutos, a veces demasiado largos, si bien ella intentaba realizarlos con celeridad. Algunos clientes ya estaban acostumbrados a esperar su turno, pero había algunos que a veces no disimulaban su impaciencia y llegaban a la mesa de la contratada reclamando mayor agilidad en el servicio, molestos después de guardar buenos ratos en la cola.

-Señorita, a ver si contratan a más personal, que llevo más de media hora esperando- venía a decir alguien visiblemente enojado.
-¿Es que no puede usted ir más deprisa? –decía otro, desde la mitad de la cola.

Afortunadamente esas situaciones eran esporádicas, pero bastaba cualquier frase de ese tipo para que Elvira se soliviantara deseando encararse con aquellos impertinentes, armada de razón después de la tensión que soportaba a diario con sus tareas y con sus impresentables compañeros. Sin embargo, tenía que callarse, no había otra alternativa que aguantarse para no propiciar un enfado con un cliente importante; sabía que eso iría en su perjuicio porque podría presentarse el director para calmar la situación, dando siempre la razón al cliente y pidiéndole disculpas, tras lo cual vendría la pertinente reprimenda a la contratada y a lo peor... malos informes, con la consabida, pedante e infame frase que utilizaban eufemísticamente en Recursos Humanos como *recurso* para despedir a un trabajador eventual: "...nuestra entidad ha de considerar la opción de ahorrar costes...". Con dicha advertencia Elvira ya se había escabullido una vez de don Víctor, pero una segunda vez podría resultar determinante.

Los clientes ineducados no eran los peores. Había que lidiar con otro "segmento de clientes" (como le gustaba citar al director) más moderado, pero más cruel, frío e incómodo. Se trataba de ciertos usuarios bien curtidos en temas financieros y bancarios, que indagaban en la letra pequeña de los contratos, que se interesaban por la evolución de los tipos de interés, o que reclamaban cualquier céntimo de comisión amenazando con retirar sus fondos para llevarlos a otro banco. Esa clientela era muy rentable, pero te podía dejar con la miel en los labios luego de explicarles con la mejor voluntad cada operación, o te podía hundir la autoestima si no estabas a su altura. Elvira ya se había entrevistado con algunos. Con frecuencia se sentía molesta por su rapacidad, y se deprimía cuando no podía llegar a ellos a pesar de su tacto y de su paciencia. En cambio, disfrutaba cuando atendía a los pensionistas, ancianos por lo general, que se mostraban afables con ella, que incluso carecían de la más básica noción bancaria.

-¿A cuánto estáis pagando el "plazo quieto"?- le pregunto una vez un viejecillo encantador, acodado con parsimonia frente a la mesa de la contratada.
-¿El "plazo quieto"? Será el "plazo fijo" –le respondió Elvira, sonriente.
-Eso, el plazo fijo, yo...es que esto de los bancos...- dijo el anciano, sonriendo a su vez.

Menos mal que de vez en cuando le ocurrían estas cosas. Porque en cada jornada se angustiaba por la falta de tiempo, teniendo que multiplicarse casi sin descanso, con rapidez y sin equivocarse (un descuadre contable suponía perder un tiempo indeterminado en resolverlo) en sus numerosos cometidos. Tenía que hacer auténticos malabarismos, sin contar con las meteduras de pata de Raúl "el sapo", de Virtudes "la artista" y de don Víctor "el salido". Sin aparente remedio, Elvira se estaba sometiendo a una situación de peligroso estrés que afectaba a sus relaciones sociales, a su novio y a su familia. Como no podía sacar su trabajo por la mañana, acudía a la sucursal por las tardes, a veces obligada, con lo cuál le quedaban muy pocas horas de ocio para compartirlas con sus más

allegados, con los que se mostraba irascible e introvertida incluso en los fines de semana.

El único consuelo de la contratada era el subdirector, Javier. El sí entendía las injusticias que allí acontecían y en ocasiones Elvira se desahogaba en su despacho; y al menos Javier era de su edad y compartían los mismos gustos. Vestía discretamente, sin la prestancia de don Víctor y por supuesto, sin las estridencias de Virtudes, y gracias a su preparación resolvía el trabajo diario de mayor relevancia. Como segundo responsable de la sucursal, realizaba sobradamente la función ejecutiva mientras que don Víctor, la cara más visible, tan sólo estaba para eso, para representar. Si el viejo director pasaba buena parte de la mañana tomando café "cuidando" a los mejores clientes, o dialogaba con éstos en el vestíbulo sobre temas irrelevantes, el subdirector había de ingeniárselas para llevar a buen puerto la complejidad de ciertas tareas, o rematar las operaciones más sofisticadas que iniciaba su jefe o Virtudes y nunca terminaban, dada su manifiesta incompetencia. Al igual que la contratada, Javier tenía que soportar las arbitrariedades de aquellos patanes. Ambos compartían sus disgustos, sabían que nadie les iba a agradecer su esfuerzo. Y también el subdirector conocía la famosa frase de "...la opción de ahorrar costes" que exasperaba a cualquiera y que citada por segunda vez significaba el despido inmediato. Él ya había experimentado la tensión cotidiana que subyugaba a Elvira, y comprendía la inseguridad de su situación laboral,... y psicológica. Con todo, Javier tenía su puesto consolidado y de vez en cuando, agobiado por las circunstancias, podía faltar a la oficina, no así la contratada, a la que habían responsabilizado de tal manera para el trabajo que la convertían en empleada imprescindible, sintiéndose ella sugestivamente así mismo: una pieza irremplazable a la que no podía pasársele un solo momento por la cabeza el "lujo" de enfermar un solo día.

-Parece que eres Dios, que estás en todas partes- le decía Raúl, ironizando perversamente sobre la mesa atiborrada de papeles de su joven compañera.

-Por favor, no me deslumbres más con tu mirada tan dulce y tu reloj tan estupendo- le plantaba cara Elvira, harta del necio conserje, que ni siquiera le ayudaba con el correo.

-Yo si que tengo trabajo para dar y regalar- proclamaba Virtudes con gran aparatosidad, meneando sus documentos de aquí para allá.

-Pero todo eso lo puedes hacer después, ahora tenemos que atender a toda esta gente- se atrevía a sugerirle la contratada, siempre acelerada.

-No puedo ahora mismo -le contestaba agriamente la opulenta empleada- tengo que cuadrar estos extractos, que resolver unos expedientes urgentes...!Buenos días don Víctor! ¿Cómo está usted? ¿Y la familia, bien? Tiene usted un aspecto magnífico, que elegante viene usted hoy.

Así de "entretenidos" transcurrían los días para Elvira. Su desesperación y su rabia reprimida crecían de modo imparable, sintiéndose cada vez más frustrada ante la nefasta organización del trabajo y la mala leche de sus compañeros. Y ni siquiera podía quejarse a los delegados sindicales, ya que existía un temor soterrado en todo contratado ante las represalias de la empresa, si se atrevían a denunciar algún "problemilla", como solía calificar el Jefe de Recursos Humanos a tales abusos. Con estas preocupaciones se iba todas las noches a la cama, no

sin antes ingerir un potente somnífero, desde hacía meses, dado su estado de excitación permanente y el anhelo del prometedor contrato (éste sí que sería fijo) de la prestigiosa empresa de comercio exterior. "MRW Mensajería Urgente" tenía la solución.

El treinta y uno de diciembre expiraba el contrato de Elvira. Desde mediados de mes reinaba un ambiente festivo en la oficina gracias a los adornos navideños, aunque por más que se puso empeño en ello, el local no podía disimular la ranciedad de su mobiliario ni la frialdad que desprendían los equipos informáticos. La alegría la creaban algunos clientes que felicitaban cordialmente a los empleados; éstos redoblaban su amabilidad, respondían con las manidas frases de buenos deseos, como también lo hacía la contratada, que intentaba mostrar su mejor disposición desde su precario estado emocional. "Serán Felices Pascuas para otros, porque lo que es para mí... A ver si son tan simpáticos cuando pasen estas fiestas", se repetía Elvira.

Desde que comenzara noviembre ella había multiplicando su esfuerzo y su compromiso en la sucursal, había desarrollado una profesionalidad inmejorable demostrando su eficacia ante los inminentes informes que el director trasladaría a la central. Elvira confiaba en ello para su continuidad en la empresa, no tenía otro remedio; engordaría un poco más su currículum a pesar de sus treinta y cinco años, y podría ahorrar una temporadita más para invertir en una vivienda. Y el mismo treinta y uno de diciembre había de dirigirse al departamento de Recursos Humanos, en la central, tenía que entrevistarse con su máximo responsable (el de los "problemillas", el que también opinaba que la lucha por un empleo siempre era "saludable") para dilucidar su futuro. Con más trabajo que nunca, debido al cierre contable del ejercicio, la contratada pudo terminar sus cometidos con enorme prisa y con evidentes muestras de nerviosismo. Poco antes de finalizar la jornada, se dispuso a partir hacia la central del banco, la estaban esperando. Su ansiedad se acrecentaba a pasos agigantados mientras discurría velozmente por las avenidas engalanadas de Navidad, tropezando sin darse cuenta con varios transeúntes y sin notar el frío invernal. La carrera y su obsesión por la entrevista hacían que su corazón se desbocara según llegaba al majestuoso edificio que albergaba los servicios centrales. Entró por una puerta lateral y un aburrido guardia de seguridad le avisó de que el ascensor no funcionaba, y que tendría que subir por las escaleras hasta alcanzar la novena planta, donde se hallaba el departamento que decidiría su destino. Subió los peldaños de tres en tres, lo más aprisa que pudo. Todas las plantas rezumaban un murmullo navideño de villancicos y alegre bullicio. Elvira no se detuvo hasta coronar la planta de sus sueños. Desaliñada, sudorosa y macilenta, se dirigió al despacho del Jefe de Recursos Humanos, la puerta estaba abierta. El sillón del jefe estaba ocupado por un joven y elegante empleado, calado de gomina hasta las cejas, del que destacaba una rabiosa corbata de diseño.

-Buenas tardes...- saludó la contratada antes de entrar, jadeando. "Dios mío, seguro que el traje de este pijo cuesta más que mi nómina"- se dijo.

-Buenas tardes- respondió él con seguridad- pase, pase. ¿Usted es Elvira? ¿No es cierto?

-Sí soy yo- contestó ella, trémula, sin siquiera sentarse.

-Pues he de comentarle- dijo él, gesticulando con sus pulcras y finas manos- que nuestra entidad ha de contemplar la opción de ahorrar costes...

-No siga –se atrevió a cortarle Elvira - ya entiendo....

Y se retiró de la presencia del autocomplaciente jefe para desandar, esta vez con mucha más calma, las escaleras que tan frenéticamente había subido un minuto antes.

El camino de vuelta a la oficina no pudo ser más triste y desolador. Elvira, la recién despedida, regresaba cabizbaja, casi deambulando por las frías calles, tropezando otra vez con la muchedumbre que ultimaba sus compras, y reflexionando sobre la enorme injusticia que habían cometido los jefes. Aquello era el fin. Tantos años de estudios, de duro trabajo en la oficina, de soportar a aquellos energúmenos, de noches de insomnio, de sueños frustrados... para que luego le dieran una gran patada.

Tan absorta iba, que nada más llegar a la oficina ni siquiera reparó en principio en un chaval que vestía un uniforme de "MRW mensajería", que la estaba esperando en la misma puerta para que le firmase la confirmación del sobre que remitía aquella empresa de comercio exterior. Al notar su presencia, a Elvira de nuevo le cambió el semblante.

FIN